

La psicología de la violencia política

Emma Goldman

1917

Analizar la psicología de la violencia política no solo es extremadamente difícil, sino también muy peligroso. Si tales actos son tratados con desprecio, una es inmediatamente acusada de elogiarlos. Si, por otro lado, la simpatía humana es expresada con el *Attentäter*,¹ una corre el riesgo de ser considerada posible cómplice. Sin embargo, es solo la inteligencia y la simpatía que pueden acercarnos a la fuente del sufrimiento humano, y enseñarnos el último camino.

El hombre primitivo, ignorante de las fuerzas naturales, temía su acercamiento, ocultándose de los peligros que lo amenazaban. Cuando el hombre aprendió a entender los fenómenos de la naturaleza, se dio cuenta que aunque pueden destruir la vida y causar grandes pérdidas, también pueden traer alivio. Para el estudiante serio, debe ser evidente que las fuerzas acumuladas en nuestra vida social y económica, que culminan en un acto político de violencia son similares a los terrores de la atmósfera, manifestados en las tormentas y los rayos.

Para apreciar la verdad de este punto de vista, una debe sentir intensamente la indignidad de nuestros errores sociales; el propio ser debe palpar con el dolor, la pena, la desesperación de millones de personas se hacen diariamente soportar. De hecho, a menos que hayamos convertido una parte de la humanidad, no podemos incluso débilmente entender la justa indignación

¹ Un revolucionario cometiendo un acto de violencia política [Nota del original].

que se acumula en el alma humana, la ardiente pasión que hace inevitable la tormenta.

La masa ignorante mira al hombre que hace una protesta violenta contra nuestras iniquidades sociales y económicas, como una bestia salvaje, un cruel monstruo despiadado, cuya diversión es destruir la vida y bañarse en sangre; o en el mejor de los casos un lunático irresponsable. Sin embargo nada está más lejos de la verdad, aquellos quienes han estudiado el carácter y la personalidad de esos hombres, o quienes han estado en estrecho contacto con ellos, están de acuerdo que es su súper sensibilidad hacia el mal y la injusticia que los rodea lo que los obliga a pagar el peaje de nuestros crímenes sociales. Los escritores y poetas más famosos, discutiendo psicología de los delincuentes políticos, les han pagado el tributo más alto. ¿Podría alguien asumir que esos hombres habían aconsejado la violencia, o incluso aprobado esos actos? Ciertamente no. La suya fue la actitud del estudiante social, del hombre que sabe que más allá de cada acto violento hay una causa vital.

Björnstjerne Björnson, en la segunda parte de *Más Allá del Poder Humano*, enfatiza el hecho de que es entre los Anarquistas que debemos buscar a los mártires modernos que pagan por su fe con su sangre, y que reciben la muerte con una sonrisa porque creen, tan verdaderamente como Cristo hizo, que su martirio redimirá a la humanidad.

François Copp, el novelista francés, se expresa así sobre la psicología del *Attentäter*:

La lectura de los detalles de la ejecución de Vaillant² me dejó en un estado de ánimo pensativo, lo imaginaba extendiendo su pecho bajo las cuerdas, marchando con paso firme, endureciendo su voluntad, concentrando toda su energía y, con los ojos fijos en el cuchillo, arrojando finalmente en la sociedad su grito de maldición. Y, a mi pesar, otro espectáculo surgió repentinamente en mi mente. Vi a un grupo de hombres y mujeres presionándose unos contra otros en medio de la arena oblonga del circo, bajo la mirada de miles de ojos, mientras que de todos los peldaños del inmenso anfiteatro subía el terrible grito *¡Ad Leones!* Y, abajo, las jaulas abiertas de las bestias salvajes.

No creía que la ejecución tuviera lugar. En primer lugar, ninguna víctima había sido golpeada por la muerte, y había sido costumbre no castigar un delito abortivo con el último grado de severidad. Entonces, este crimen, aun-

² Auguste Vaillant (Mazières, 1861- París, 5 de febrero de 1894) fue un anarquista fran-

que terrible en intención, era desinteresado, nacido de una idea abstracta. El pasado del hombre, su infancia abandonada, su vida de penurias, abogaban también a su favor. En la prensa independiente se levantaron voces generosas en su nombre, muy fuertes y elocuentes. «Una corriente puramente literaria de opinión», han dicho algunos, sin menosprecio. Es, por el contrario, un honor para los hombres de arte y pensamiento haber expresado una vez más su disgusto en el andamio.

Una vez más Zola, en *Germinal* y *París*, describe la ternura y la bondad, la profunda simpatía por el sufrimiento humano, de estos hombres que cierran el capítulo de sus vidas con un estallido violento contra nuestro sistema.

Por último, pero no menos importante, el hombre que probablemente mejor que nadie entiende la psicología del *Attentäter* es M. Hamon, autor del brillante trabajo *Une Psychologie du Militaire Professionnel*,³ que ha llegado a estas sugestivas conclusiones:

El método positivo confirmado por el método racional nos permite establecer un tipo ideal de anarquista, cuya mentalidad es el conjunto de características psíquicas comunes. Cada anarquista participa suficientemente de este tipo ideal para hacer posible diferenciarlo de otros hombres. El típico anarquista puede definirse de la siguiente manera: Un hombre perceptible por el espíritu de revuelta bajo una o más de sus formas, —oposición, investigación, crítica, innovación— dotado de un fuerte amor a la libertad, egoísta o individualista, Y poseía una gran curiosidad, un vivo deseo de saber. Estos rasgos se complementan con un ardiente amor a los demás, una sensibilidad moral altamente desarrollada, un profundo sentimiento de justicia e impregnado de celo misionero.

A estas características, dice Alvin F. Sanborn, hay que añadir estas cualidades esterlinas: un raro amor a los animales, que supera la dulzura en todas las relaciones ordinarias de la vida, la sobriedad excepcional de la conducta,

cés. El 9 de diciembre de 1893 lanzó una bomba en la cámara de Diputados como protesta contra la ejecución de Ravachol (otro anarquista francés famoso por sus atentados contra representantes del poder judicial francés) y para denunciar la represión del gobierno del presidente francés Jean Casimir-Perier (sucesor del presidente Sadit Carnot, quien fue asesinado en Lyon el 25 de junio de 1894 por el anarquista Santa Caserio) [Nota del traductor].

³ *Una Psicología Profesional Militar* [N. del T.].

la frugalidad y la regularidad, la austeridad, incluso, de la vida, y el valor más allá de comparar⁴.

Hay un truísmo que el hombre de la calle parece siempre olvidar, cuando está abusando de los Anarquistas, o cualquier partido que pasa a ser su *bête noire*⁵ por el momento, como la causa de algún ultraje acaba de perpetrar. Este hecho indiscutible es que los atropellos homicidas han sido, desde tiempos inmemoriales, la respuesta de clases agobiadas y desesperadas, y de individuos incitados y desesperados, a los males de sus semejantes, que sentían intolerables. Tales actos son el retroceso violento de la violencia, ya sea agresiva o represiva; Son la última lucha desesperada de la naturaleza humana indignada y exasperada por respirar el espacio y la vida. Y su causa no radica en ninguna convicción especial, sino en las profundidades de esa misma naturaleza humana. Todo el curso de la historia, político y social, está sembrado de evidencia de este hecho. Para no ir más lejos, tome los tres ejemplos más notorios de los partidos políticos incitados a la violencia durante los últimos cincuenta años: los Mazzinianos en Italia, los Fenianos en Irlanda, y los terroristas en Rusia. ¿Esta gente era anarquista? No. ¿Todos los tres incluso tienen las mismas opiniones políticas? No. Los Mazzinianos eran republicanos, los separatistas políticos fenianos, los socialdemócratas rusos o constitucionales. Pero todos fueron impulsados por circunstancias desesperadas a esta terrible forma de rebelión. Y cuando nos volvemos de los partidos a los individuos que han actuado de la misma manera, estamos horrorizados por el número de seres humanos empujados y conducidos por pura desesperación hacia una conducta obviamente violentamente opuesta a sus instintos sociales.

Ahora que el anarquismo se ha convertido en una fuerza viva en la sociedad, tales actos han sido a veces cometidos por los Anarquistas, así como por otros. Para ninguna nueva fe, incluso la más esencialmente pacífica y humana la mente del hombre ha aceptado, pero en su primera venida ha traído sobre la tierra no la paz, sino una espada, no por algo violento o antisocial en la doctrina misma, simplemente por el fermento que cualquier idea nueva y creativa excita en la mente de los hombres, ya sea que la acepte o la rechace. Una concepción del anarquismo que, por un lado, amenaza a todos los in-

⁴ *Paris and the Social Revolution*. [Nota del O.].

⁵ Espantajo [N. del T.].

tereses creados y, por el otro, ofrece una visión de una vida libre y noble que se ganará mediante una lucha contra los males existentes, despertará ciertamente la más feroz oposición, Y traer toda la fuerza represiva del mal antiguo en contacto violento con el estallido tumultuoso de una nueva esperanza.

Bajo condiciones miserables de vida, cualquier visión de la posibilidad de cosas mejores hace más intolerable la miseria actual y estimula a quienes sufren a las luchas más enérgicas para mejorar su suerte, y si estas luchas solo resultan inmediatamente en una miseria más aguda, el resultado es pura desesperación.

En nuestra sociedad actual, por ejemplo, un trabajador asalariado explotado, que vislumbra lo que el trabajo y la vida puede y debe ser, encuentra la intolerable rutina y la miseria de su existencia casi intolerable; e incluso cuando tiene la resolución y el coraje de seguir trabajando continuamente lo mejor posible, y esperar hasta que nuevas ideas hayan impregnado tanto a la sociedad como para allanar el camino para tiempos mejores, el mero hecho de que tiene tales ideas y trata de difundirlas, lo pone en dificultades con sus empleadores. ¿Cuántos miles de socialistas, y sobre todo Anarquistas, han perdido el trabajo e incluso la oportunidad de trabajar, únicamente en base a sus opiniones? Es solo el artesano especialmente dotado, que, si es un propagandista celoso, puede esperar conservar un empleo permanente. ¿Y qué sucede a un hombre con su cerebro que trabaja activamente con un fermento de nuevas ideas, con una visión ante sus ojos de una nueva esperanza para los hombres que trabajan y agonizan, con el conocimiento que su sufrimiento y el de sus compañeros en miseria no es causado por la crueldad del destino, sino por la injusticia de otros seres humanos?, ¿qué le sucede a ese hombre cuando ve a sus seres queridos hambrientos, cuando él mismo está muerto de hambre? Algunas naturalezas en una situación tan difícil, y aquellas que no son ni las menos sociales ni las menos sensibles, se volverán violentas e incluso sentirán que su violencia es social y no antisocial, que al golpear cuándo y cómo pueden, son No por sí mismos, sino por la naturaleza humana, indignados y despojados en sus personas y en las de sus compañeros enfermos. ¿Y nosotros mismos, que no estamos en este horrible apuro, para estar de pie y condenar fríamente a estas víctimas lastimosas de las Furias y los destinos? ¿Debemos calumniar a estos seres humanos que actúan con devoción heroica, sacrificando sus vidas en protesta, donde las naturalezas menos sociales y menos energéticas se tendrían en la

sumisión abyecta a la injusticia y al mal? ¿Debemos unirnos al clamor ignorante y brutal que estigmatiza a tales hombres como monstruos de maldad, corriendo gratuitamente en una sociedad armoniosa e inocentemente pacífica? ¡No! Odiamos el asesinato con un odio que puede parecer absurdamente exagerado a los apologistas de las masacres de Matabele,⁶ a los insensibles acólitos en las cortinas y los bombardeos, pero rechazamos en tales casos de homicidio o intento de homicidio, como los que tratamos, ser culpables de la cruel injusticia de arrojar toda la responsabilidad del hecho sobre el perpetrador inmediato. La culpa de estos homicidios se encuentra todo hombre o mujer que, intencionadamente o por la indiferencia fría, ayuda a mantener las condiciones sociales que llevan a los seres humanos a la desesperación. El hombre que arroja toda su vida en el intento, a costa de su propia vida, de protestar contra los males de sus semejantes, es un santo comparado con los defensores activos y pasivos de la crueldad y la injusticia, Incluso si su protesta destruye otras vidas además de la suya. El que esté sin pecado en la sociedad que tire la primera piedra sobre su semejante.⁷

Que cada acto de violencia política deba cada día atribuirse a los Anarquistas no es una sorpresa. Sin embargo es un hecho conocido por casi todos los familiarizados con el movimiento anarquista que un gran número de hechos, por los cuales los Anarquistas tuvieron que sufrir, se originaron con la prensa capitalista o fueron instigados, si no directamente perpetrados, por la policía.

Durante varios años se habían cometido actos de violencia en España, por los que los Anarquistas eran responsabilizados, perseguidos como bestias salvajes y arrojados a la cárcel. Más tarde se reveló que los perpetradores de estos actos no eran Anarquistas, sino miembros del departamento de policía. El escándalo se hizo tan extenso que los periódicos conservadores españoles exigieron la aprehensión y el castigo del líder de la pandilla, Juan Rull, quien fue posteriormente condenado a muerte y ejecutado. La evidencia sensacional, sacada a la luz durante el juicio, obligó al inspector de policía Momento a exonerar completamente a los Anarquistas de cualquier relación con los actos cometidos durante un largo período. Esto resultó en el despido de varios

⁶ El 25 de Octubre de 1893, la policía británica sudafricana inicio una matanza contra la tribu de los Matabele, dejando un saldo de 1.600 matabeles muertos contra cuatro bajas británicas. [N. del T.]

⁷ De un folleto publicado por el Grupo de Libertad de Londres. [N. del O.]

oficiales de policía, entre ellos el inspector Tressols, quienes, por venganza, revelaron el hecho de que detrás de la cuadrilla de los lanzadores de bombas de la policía había otros de mucha mayor posición, que les proporcionaron fondos y los protegieron.

Este es uno de los muchos ejemplos llamativos de cómo las conspiraciones Anarquistas se fabrican.

Que la policía americana pueda perjurarse con la misma facilidad, que son tan despiadados, tan brutales y astutos como sus colegas europeos, ha sido probado en más de una ocasión. Solo necesitamos recordar la tragedia del 11 de noviembre de 1887, conocida como el motín de Haymarket.

Nadie que esté familiarizado con el caso puede dudar de que los Anarquistas, asesinados judicialmente en Chicago, murieron como víctimas de una prensa mentirosa y sedienta de sangre y de una cruel conspiración policial. ¿No ha dicho el propio juez Gary: "No porque hayan causado la bomba Haymarket, sino porque son Anarquistas, están en juicio"?

El análisis imparcial y minucioso del gobernador Altgeld de esa mancha sobre el escudo americano verificó la brutal franqueza del juez Gary. Fue esto lo que indujo a Altgeld a perdonar a los tres Anarquistas, ganando así la estimación duradera de todo hombre y mujer amantes de la libertad en el mundo.

Cuando nos acercamos a la tragedia del 6 de septiembre de 1901, nos enfrentamos a uno de los ejemplos más llamativos de cómo las pequeñas teorías sociales son responsables de un acto de violencia política. "Leon Czolgosz, un anarquista, incitado para cometer el acto por Emma Goldman".⁸ Para estar seguro, ¿No ha incitado a la violencia antes de su nacimiento, y no seguirá haciéndolo más allá de la muerte? Todo es posible con los Anarquistas.

Hoy, incluso, nueve años después de la tragedia, después de que se demostró cien veces que Emma Goldman no tuvo nada que ver con el evento, que no hay evidencia alguna que indique que Czolgosz se llamó anarquista así mismo, nos enfrentamos a la misma mentira, fabricada por la policía y perpetuado por la prensa. Ningún alma viviente jamás escuchó a Czolgosz hacer

⁸ Leon Czolgosz (Detroit, 1873 – Auburn, 29 de octubre de 1901) fue un anarquista que asesinó al presidente de Estados Unidos, William McKinley el 6 de septiembre de 1901. Durante su proceso el gobierno trató de incriminar a Emma Goldman, sin embargo no pudieron. En esos momentos, Emma fue la única dentro y fuera de los círculos radicales que luchó contra la sentencia de muerte de Czolgosz. [N. del T.]

esa declaración, ni hay una sola palabra escrita que pruebe que el chico haya respirado la acusación. Nada más que la ignorancia y la histeria insana, que nunca han sido capaces de resolver el problema más simple de causa y efecto.

¡El Presidente de una República libre muerto! ¿Qué otra cosa puede ser la causa, excepto que el Attentäter debe haber estado loco, o que fue incitado al acto?

¡Una República libre! Cómo se mantendrá un mito, cómo seguirá engañando, engañando y cegando incluso a los relativamente inteligentes a sus monstruosos absurdos. ¡Una República libre! Y sin embargo, dentro de poco más de treinta años, un pequeño grupo de parásitos han robado con éxito al pueblo estadounidense y pisoteado los principios fundamentales establecidos por los padres de este país, garantizando a cada hombre, mujer y niño "la vida, la libertad, y la búsqueda de la felicidad".

Durante treinta años han ido aumentando su riqueza y su poder a expensas de la vasta masa de trabajadores, ampliando así el ejército de los desempleados, la porción hambrienta, desamparada y sin amigos de la humanidad, que están atravesando el país de este a oeste, De norte a sur, en vana búsqueda de trabajo. Durante muchos años el hogar ha quedado al cuidado de los pequeños, mientras que los padres están agotando su vida y su fuerza por una mera miseria. Durante treinta años los robustos hijos de América han sido sacrificados en el campo de batalla de la guerra industrial, y las hijas indignadas en el entorno corrupto de la fábrica. Durante años largos y cansados, este proceso de socavar la salud, el vigor y el orgullo de la nación, sin muchas protestas de los desheredados y oprimidos, ha estado ocurriendo. Enloquecidos por el éxito y la victoria, los poderes monetarios de esta "nuestra tierra libre" se volvieron cada vez más audaces en sus crueldades, crueles esfuerzos por competir con las podridas y corruptas tiranías europeas por la supremacía del poder.

En vano, una prensa mentirosa repudió a León Czolgosz como extranjero. El chico era un producto de nuestro propio suelo americano libre, que lo acostó con el sueño,

Mi país, eres de ti,
Dulce tierra de libertad.

¿Quién puede decir cuántas veces este niño americano se había gloriado en la celebración del Cuatro de Julio, o del Día de la Decoración, cuando honró

fielmente a los muertos de la Nación? ¿Quién sabe si él también estaba dispuesto a "luchar por su país y morir por su libertad"? Hasta que se dio cuenta de él pertenecía a los que no tienen país, porque les han robado todo lo que han producido; Hasta que se dio cuenta de que la libertad y la independencia de sus sueños juveniles no eran más que una farsa. Pobre Leon Czolgosz, tu crimen consistía en una conciencia social demasiado sensible. A diferencia de sus ideales y tus hermanos americanos sin cerebro, tus ideales se elevaron por encima del vientre y la cuenta bancaria. No es de extrañar que hayas impresionado al ser humano entre toda la multitud enfurecida en tu juicio — una mujer de periódico— como un visionario, totalmente ajeno a tu entorno. Sus ojos grandes y soñadores debieron de ver una nueva y gloriosa aurora.

Ahora, a un ejemplo reciente de parcelas Anarquistas fabricadas por la policía. En esa manchada ciudad de Chicago, la vida del jefe de policía Shippy fue atentada por un joven llamado Averbuch. Inmediatamente el grito fue enviado a los cuatro rincones del mundo que Averbuch era un anarquista, y que los Anarquistas eran responsables del acto. Todos los que eran conocidos por enterarse de las ideas Anarquistas fueron vigilados de cerca, varias personas detenidas, la biblioteca de un grupo anarquista confiscada y todas las mítines se hicieron imposibles. Huelga decir que, como en varias ocasiones anteriores, debo ser responsable del acto. Evidentemente la policía americana me atribuye poderes ocultos. No conocía Averbuch; de hecho, nunca antes había oído su nombre, y la única forma en que podía haber "conspirado" con él estaba en mi cuerpo astral. Pero, entonces, la policía no se ocupa de la lógica o la justicia. Lo que buscan es un objetivo, para enmascarar su absoluta ignorancia de la causa, de la psicología de un acto político. ¿Era Averbuch un anarquista? No hay ninguna prueba positiva de ello. Había sido más que tres meses en el país, no sabía el idioma, y, en lo que he podido averiguar, era bastante desconocido para los Anarquistas de Chicago.

¿Qué llevó a su acto? Averbuch, como la mayoría de los jóvenes inmigrantes rusos, sin duda creyó en la mítica libertad de América. Recibió su primer bautismo por el club del policía durante la dispersión brutal del desfile de parados. Además experimentó la igualdad americana y la oportunidad en los vanos esfuerzos por encontrar un maestro económico. En resumen, una estancia de tres meses en la gloriosa tierra lo llevó cara a cara con el hecho de que los desheredados están en la misma posición en todo el mundo. Proba-

blemente en su tierra natal aprendió que la necesidad no conoce ninguna ley, no hay diferencia entre un policía ruso y un norteamericano.

La pregunta al estudiante social inteligente no es si los actos de Czolgosz o de Averbuch eran prácticos, más que si la tormenta es práctica. Lo que inevitablemente se imprime en el hombre y en la mujer que piensa y siente es que la visión del golpeteo brutal de víctimas inocentes en una así llamada República libre y la degradante lucha económica que destruye el alma suministran la chispa que enciende la fuerza dinámica en las almas sobrecogidas e indignadas de hombres como Czolgosz o Averbuch. Ninguna cantidad de persecución, de acoso, de represión, puede mantener este fenómeno social.

Pero, a menudo se pregunta, ¿no han reconocido que los Anarquistas cometieron actos de violencia? Ciertamente lo han hecho, siempre dispuestos a asumir la responsabilidad. Mi opinión es que fueron impulsados no por las enseñanzas del anarquismo, sino por la tremenda presión de las condiciones, haciendo la vida insoportable a sus naturalezas sensibles. Obviamente, el anarquismo, o cualquier otra teoría social, haciendo del hombre una unidad social consciente, actuará como levadura para la rebelión. Esto no es una mera afirmación, sino un hecho verificado por toda experiencia. Un examen minucioso de las circunstancias relativas a esta cuestión aclarará más mi posición.

Consideremos algunos de los actos Anarquistas más importantes en las últimas dos décadas. Por extraño que parezca, uno de los actos más significativos de violencia política ocurrió aquí en América, en relación con la huelga Homestead de 1892.

Durante ese tiempo memorable la Carnegie Steel Company organizó una conspiración para aplastar a la Amalgamated Association of Iron and Steel Workers⁹. Henry Clay Frick, entonces Presidente de la Compañía, fue encargado de esa democrática tarea. No perdió tiempo en llevar a cabo la política de romper el sindicato, política que había practicado con tanto éxito durante su reinado de terror en las regiones del coque. En secreto, y mientras las negociaciones de paz se prolongaban deliberadamente, Frick supervisaba los preparativos militares, la fortificación de la fábrica de acero de Homestead, la construcción de una valla de madera alta, cubierta con alambre de púas y provista de rendijas para los tiradores. Y luego, en la oscuridad de la no-

⁹ Asociación Unida de Trabajadores del Hierro y el Acero. [N. del T.]

che, intentó contrabandear a su ejército de matones a sueldo de Pinkerton en Homestead, acto precipitó que la terrible matanza de los trabajadores de acero. No contento con la muerte de once víctimas, asesinadas en la escaramuza de Pinkerton, Henry Clay Frick, buen cristiano y americano libre, inmediatamente comenzó a perseguir a las esposas y huérfanos indefensos, ordenándolos fuera de las miserables casas de la Compañía.

Todo el país se despertó por estos ultrajes inhumanos. Cientos de voces se alzaron en protesta, llamando a Frick a desistir, a no ir demasiado lejos. Sí, cientos de personas protestaron: como uno se opone a moscas molestas. Solo uno fue el que respondió activamente a la indignación en Homestead: Alexander Berkman. Sí, era anarquista. Él se gloriaba en ese hecho, porque era la única fuerza que hizo que la discordia entre su anhelo espiritual y el mundo fuera en absoluto soportable. Sin embargo, no el anarquismo, como tal, sino la brutal matanza de los once trabajadores del acero fue la urgencia del acto de Alexander Berkman, su atentado por la vida de Henry Clay Frick.

El registro de los actos europeos de violencia política ofrece numerosos e impactantes ejemplos de la influencia del medio ambiente en los seres humanos sensibles.

El discurso de la corte de Vaillant, que en 1894 explotó una bomba en la Cámara de Diputados de París, golpea la verdadera nota clave de la psicología de tales actos:

Caballeros, en pocos minutos tendrán su golpe, pero al recibir su veredicto tendré por lo menos la satisfacción de haber herido a la sociedad existente, aquella sociedad maldita en la que uno puede ver a un solo hombre gastando, inútilmente, lo suficiente para alimentar a miles de familias; una sociedad infame que permite a algunos individuos monopolizar toda la riqueza social, mientras que hay cientos de miles de desafortunados que ni siquiera tienen el pan que no se rehúsa a los perros, y mientras familias enteras se suicidan por falta de las necesidades de la vida.

¡Ah, caballeros, si las clases gobernantes pudieran bajar entre los desafortunados! Pero no, prefieren permanecer sordos a sus llamamientos. Parece que una fatalidad los empuja, como la realeza del siglo XVIII, hacia el precipicio que los engullirá, ¡ay de los que quedan sordos a los gritos de los hambrientos, ay de aquellos que, creyéndose de una esencia superior, asumen el derecho a explotar los que están debajo de ellos! Llega un momento

en que la gente ya no razona más; Se elevan como un huracán y pasan como un torrente. Entonces vemos cabezas sangrantes empaladas en picas.

Entre los explotados, caballeros, hay dos clases de individuos. Los de una clase, sin darse cuenta de lo que son y de lo que podrían ser, toman la vida como viene, creen que nacen para ser esclavos y se contentan con lo poco que se les da a cambio de su trabajo. Pero hay otros, por el contrario, que piensan, que estudian y que, mirando a su alrededor, descubren iniquidades sociales. ¿Es culpa suya si ven claramente y sufren al ver sufrir a otros? Luego se lanzan a la lucha y se hacen portadores de los reclamos populares.

Caballeros, soy uno de estos últimos. Dondequiera que haya ido, he visto desgraciados doblados bajo el yugo de capital. Por todas partes he visto las mismas heridas que causan lágrimas de sangre, incluso en las partes más remotas de los distritos inhabitados de América del Sur, donde tenía derecho a creer que aquel que estaba cansado de los dolores de la civilización podía descansar a la sombra de las palmeras y allí estudiar la naturaleza. Bueno, incluso, más que en otros lugares, he visto venir el capital, como un vampiro, para chupar la última gota de sangre de los desgraciados parias.

Entonces volví a Francia, donde estaba reservado para mí ver a mi familia sufrir atrocemente. Esta fue la última gota en la taza de mi dolor. Cansado de llevar esta vida de sufrimiento y cobardía, lleve esta bomba a los que son los principales responsables de la miseria social.

Me censuran las heridas de aquellos que fueron golpeados por mis proyectiles. Permítanme señalar de paso que, si los burgueses no hubieran masacrado ni hecho masacres durante la Revolución, es probable que todavía estuvieran bajo el yugo de la nobleza. Por otro lado, figura a los muertos y heridos en Tonquin, Madagascar, Dahomey, añadiendo a los miles, sí, a millones de desgraciados que mueren en las fábricas, las minas y donde se siente el demolidor poder del capital. Añadir también a los que mueren de hambre, y todo esto con el asentimiento de nuestros diputados. ¡Además de todo esto, de cuán poco peso son los reproches que ahora me hacen!

”Es cierto que uno no borra al otro, pero, después de todo, ¿no estamos actuando a la defensiva cuando respondemos a los golpes que recibimos de arriba?” Sé muy bien que me dirán que debo tener Me limité a hablar por la reivindicación de las reivindicaciones del pueblo. ¡Pero que puedes esperar! Toma una voz fuerte para hacer oír a los sordos. Demasiado tiempo han respondido a nuestras voces por el encarcelamiento, la cuerda, voleas de ri-

fle. No cometer errores; La explosión de mi bomba no es solo el grito del rebelde Vaillant, sino el grito de toda una clase que reivindica sus derechos y que pronto añadirá actos a las palabras. Porque, asegúrate de ello, en vano pasarán leyes. Las ideas de los pensadores no se detendrán; así como en el siglo pasado todas las fuerzas gubernamentales no pudieron impedir que los Diderot y los Voltaire difundieran ideas emancipadoras entre el pueblo, de modo que todas las fuerzas gubernamentales existentes no impedirían que los Reclús, los Darwins, los Spencers, los Ibsens, Mirbeaus, difundan las ideas de justicia y libertad que aniquilarán los prejuicios que mantienen a la masa en la ignorancia. Y estas ideas, acogidas por los desgraciados, florecerán en actos de revuelta como lo han hecho en mí, hasta el día en que autoridad desaparezca.

Concluyo, caballeros, diciendo que una sociedad en la que se ven las desigualdades sociales que vemos a nuestro alrededor, en las que vemos cada día suicidios causados por la pobreza, la prostitución quemando en cada esquina, una sociedad cuyos principales monumentos son cuarteles y cárceles. Tal sociedad debe ser transformada lo antes posible, con el dolor de ser eliminada, y eso rápidamente, por la raza humana. ¡Salve a aquel que trabaja, por lo que sea, para esta transformación! Es esta idea la que me ha guiado en mi duelo con la autoridad, pero como en este duelo solo he herido a mi adversario, ahora es su turno para atacarme.

Ahora, señores, a mí no me importa lo que se pueda infligir, pues mirando esta asamblea con los ojos de la razón, no puedo evitar sonreírles, átomos perdidos en la materia y razonar solo porque poseen una prolongación de la médula espinal, asume el derecho de juzgar a uno de tus compañeros.

¡Ah! Caballeros, como su asamblea es poca cosa y su veredicto en la historia de la humanidad, y la historia humana, a su vez, es también una cosa muy pequeña en el torbellino que la atraviesa por la inmensidad y que está destinada a desaparecer, o al menos transformarse, para comenzar de nuevo la misma historia y los mismos hechos, un juego verdaderamente perpetuo de las fuerzas cósmicas que se renuevan y se transfieren para siempre.

¿Alguien diría que Vaillant era un ignorante, un hombre vicioso o un lunático? ¿No era su mente singularmente clara y analítica? No es de extrañar que las mejores fuerzas intelectuales de Francia hablaron en su nombre y firmaron la petición al presidente Carnot, pidiéndole que conmutara la sentencia de muerte de Vaillant.

Carnot no escuchaba ninguna súplica; Insistió en más de una libra de carne, quería la vida de Vaillant, y entonces, lo inevitable ocurrió: el presidente Carnot fue asesinado. En el mango del estilete usado por el Attentäter se grabó, de manera significativa,

VAILLANT!

Santa Caserio era un anarquista. Podría haberse alejado, salvarse; Pero se quedó, se quedó con las consecuencias.

Sus razones para el acto se exponen de una manera tan simple, digna e infantil que se recuerda el conmovedor tributo que Caserio le hizo a su maestro de la pequeña escuela del pueblo, Ada Negri, poeta italiano, que hablaba de él como un dulce, planta tierna, de textura demasiado fina y sensible para soportar la cruel tensión del mundo.

—¡Señores del Jurado! No me propongo hacer una defensa, sino solo una explicación de mi acción.

Desde mi juventud comencé a aprender que la sociedad actual está mal organizada, tan mal que cada día muchos hombres desgraciados se suicidan, dejando a las mujeres y los niños en la más terrible angustia. Los trabajadores, por miles, buscan trabajo y no pueden encontrarlo. Las familias pobres mendigan comida y tiemblan de frío; sufren la mayor miseria; los pequeños preguntan a sus miserables madres por comida, y las madres no pueden dárselas, porque no tienen nada. Las pocas cosas que contiene la casa ya han sido vendidas o empeñadas. Todo lo que pueden hacer es pedir limosna; A menudo son arrestados como vagabundos.

Me alejé de mi patria, porque con frecuencia me sentía llorado al ver a las niñas de ocho o diez años obligadas a trabajar quince horas al día por la miserable paga de veinte céntimos. Las mujeres jóvenes de dieciocho o veinte también trabajan quince horas diarias, por una burla de la remuneración. Y eso sucede no solo a mis compatriotas, sino a todos los trabajadores, que sudan todo el día por una costra de pan, mientras que su trabajo produce riqueza en abundancia. Los obreros están obligados a vivir en las condiciones más miserables, y su comida consiste en un poco de pan, unas pocas cucharadas de arroz y agua; Así que cuando llegan a los treinta o cuarenta años, se agotan y van a morir en los hospitales. Además, a causa de la mala comida y el exceso de trabajo, estas criaturas infelices son devoradas por la pelagra, una enfermedad que, en mi país, ataca, como dicen los médicos, a quienes están mal alimentados y llevan una vida de trabajo y privación.

He observado que hay mucha gente que tiene hambre, y muchos niños que sufren, mientras que el pan y la ropa abundan en las ciudades.” Vi muchas y grandes tiendas llenas de ropa y lana, y también vi almacenes llenos de trigo y maíz indio, apto para los necesitados, y por otro lado vi a miles de personas que no trabajan, que no producen nada y viven del trabajo de otros, que pasan cada día miles de francos por su diversión; que debilitan a las hijas de los obreros; que poseen viviendas de cuarenta o cincuenta habitaciones; veinte o treinta caballos, muchos siervos; en una palabra, todos los placeres de la vida.

Yo creía en Dios; pero cuando vi una desigualdad tan grande entre los hombres, reconocí que no fue Dios quien creó al hombre, sino el hombre que creó a Dios. Y descubrí que aquellos que quieren que sus propiedades sean respetadas, tienen interés en predicar la existencia del paraíso y el infierno, y en mantener a la gente en la ignorancia.

No hace mucho, Vaillant lanzó una bomba en la Cámara de Diputados, para protestar contra el actual sistema de sociedad. No mató a nadie, solo hirió a algunas personas; Pero la justicia burguesa lo sentenció a muerte. Y no satisfechos con la condena del culpable, comenzaron a perseguir a los Anarquistas ya detener no solo a los que habían conocido a Vaillant, sino también a los que simplemente habían estado presentes en cualquier lectura anarquista.

El gobierno no pensaba en sus esposas e hijos. No consideraba que los hombres encarcelados no fueran los únicos que sufrieran, y que sus pequeños lloraban por el pan. La justicia burguesa no se preocupó por estos inocentes, que aún no saben lo que es la sociedad. No es culpa suya que sus padres estén en prisión; Solo quieren comer.

El gobierno seguía buscando casas particulares, abriendo cartas privadas, prohibiendo lecturas y mítines, y practicando las más infames opresiones contra nosotros. Incluso ahora, cientos de Anarquistas son arrestados por haber escrito un artículo en un periódico o por haber expresado su opinión en público.

Caballeros del Jurado, ustedes son representantes de la sociedad burguesa. Si quieres mi cabeza, tómala; Pero no crean que, al hacerlo, detengan la propaganda anarquista. Tengan cuidado, porque los hombres cosechan lo que han sembrado.

Durante una procesión religiosa en 1896, en Barcelona, una bomba fue lanzada. Inmediatamente trescientos hombres y mujeres fueron arrestados. Algunos eran anarquistas, pero la mayoría eran sindicalistas y socialistas. Fueron arrojados a la terrible bastilla de Montjuich y sometidos a horribles torturas. Después de que un número había sido asesinado, o había terminado loco, sus casos fueron ocupados por la prensa liberal de Europa, dando por resultado la liberación de algunos sobrevivientes.

El principal responsable de este resurgimiento de la Inquisición fue Canovas del Castillo, primer ministro de España. Fue él quien ordenó la tortura de las víctimas, su carne quemada, sus huesos aplastados, sus lenguas cortadas. Practicado en el arte de la brutalidad durante su régimen en Cuba, Canovas permaneció absolutamente sordo ante los llamamientos y protestas de la conciencia civilizada despertada.

En 1897 Canovas del Castillo fue asesinado a tiros por un joven italiano, Angiolillo. Este último era un editor en su tierra natal, y sus enérgicas declaraciones pronto atrajeron la atención de las autoridades. La persecución comenzó, y Angiolillo huyó de Italia a España, de allí a Francia y Bélgica, finalmente se estableció en Inglaterra. Allí encontró empleo como compositor, y de inmediato se convirtió en el amigo de todos sus colegas. Uno de los últimos describió así a Angiolillo: "Su apariencia sugirió al periodista más que al discípulo de Guttenberg, y sus manos delicadas, además, traicionaron el hecho de que él no había crecido en el" caso". Con su bello rostro franco, su suave cabello oscuro, su expresión de alerta, se veía del mismo tipo que el vivo sureño. Angiolillo hablaba italiano, español y francés, pero no inglés; el poco francés que conocía no era suficiente para mantener una prolongada conversación. Sin embargo, Angiolillo pronto comenzó a adquirir el idioma inglés; Aprendió rápidamente, juguetonamente, y no pasó mucho tiempo hasta que llegó a ser muy popular con sus compañeros compositores. Su manera distinguida pero modesta, y su consideración hacia sus colegas, le ganaron el corazón de todos los muchachos".

Angiolillo pronto se familiarizó con las cuentas detalladas en la prensa. Leyó la gran ola de simpatía humana con las víctimas indefensas de Montjuich. En la plaza de Trafalgar vio con sus propios ojos los resultados de esas atrocidades, cuando los pocos españoles que escaparon de las garras de Castillo, fueron a buscar asilo en Inglaterra. Allí, en la gran reunión, estos hombres abrieron sus camisas y mostraron las horribles cicatrices de la carne quema-

da. Angiolillo vio, y el efecto sobrepasó las mil teorías; El ímpetu estaba más allá de las palabras, más allá de los argumentos, más allá de sí mismo.

El Señor¹⁰ Antonio Canovas del Castillo, Primer Ministro de España, permaneció en Santa Agueda. Como de costumbre en tales casos, todos los extraños se mantuvieron alejados de su exaltada presencia. Sin embargo, se hizo una excepción en el caso de un italiano de aspecto distinguido y elegantemente vestido, representante de una importante revista. El distinguido caballero fue Angiolillo.

El señor Canovas, a punto de salir de su casa, pisó el porche. De repente, Angiolillo lo enfrentó. Un tiro sonó, y Cánovas era un cadáver.

La esposa del primer ministro se precipitó sobre la escena. ¡Asesino, asesino! —gritó, señalando a Angiolillo—. El último se inclinó. —Perdón, señora —dijo—, te respeto como a una dama, pero lamento que fueras la esposa de ese hombre.

Calmly Angiolillo se enfrentó a la muerte. La muerte en su forma más terrible — para el hombre cuya alma era como la de un niño.

Estaba atrapado. Su cuerpo yacía, besado por el sol, hasta que el día se escondió en el crepúsculo. Y la gente llegó, y señalando el dedo de terror y miedo, dijeron: "Allí —el criminal— el asesino cruel."

¡Qué estúpida, qué cruel es la ignorancia! Malinterpreta siempre, condena siempre.

Un paralelo notable al caso de Angiolillo se encuentra en el acto de Gaetano Bresci, cuyo Attentat sobre el rey Umberto hizo una ciudad americana famosa.

Bresci vino a este país, esta tierra de oportunidades, donde uno tiene que tratar de alcanzar el éxito de oro. Sí, él también trataría de tener éxito. Trabajaría duro y fielmente. El trabajo no tenía terrores para él, si solo le ayudara a la independencia, la hombría, el respeto de sí mismo.

Así, lleno de esperanza y entusiasmo, se estableció en Paterson, Nueva Jersey, y allí encontró un trabajo lucrativo a seis dólares por semana en una de las fábricas de tejeduría de la ciudad. Seis dólares enteros por semana eran, sin duda, una fortuna para Italia, pero no lo suficiente para respirar en el nuevo país. Le encantaba su pequeña casa. Era un buen esposo y devoto pa-

¹⁰ En español en el original. [N. del T]

dre de su bambina Bianca, a quien adoraba. Trabajó y trabajó durante varios años. En realidad logró ahorrar cien dólares de sus seis dólares por semana.

Bresci tenía un ideal. Tonto, lo sé, para que un trabajador tenga un ideal, - el papel anarquista publicado en Paterson, La *Questione Sociale*.

Cada semana, aunque cansado del trabajo, ayudaba a preparar el papel. Hasta más tarde asistió, y cuando el pequeño pionero había agotado todos los recursos y sus compañeros estaban desesperados, Bresci trajo alegría y esperanza, cien dólares, todo el ahorro de años. Eso mantendría el papel a flote.

En su tierra natal la gente estaba hambrienta. Las cosechas habían sido pobres y los campesinos se vieron frente a frente con el hambre. Ellos apelaron a su buen rey Umberto; Él ayudaría. Y lo hizo. Las esposas de los campesinos que habían ido al palacio del Rey, reprimieron en silencio mudo a sus bebés demacrados. Seguramente que se movería. Y entonces los soldados dispararon y mataron a esos pobres tontos.

Bresci, que trabajaba en la fábrica de tejido de Paterson, leía de la horrible masacre. Su mirada mental contempló a las mujeres indefensas y a los inocentes infantes de su tierra natal, sacrificados justo ante el buen Rey. Su alma retrocedió horrorizada. Por la noche oyó los gemidos de los heridos. Algunos pueden haber sido sus camaradas, su propia carne. ¿Por qué, por qué estos sucios asesinatos?

La pequeña reunión del grupo anarquista italiano en Paterson terminó casi en una pelea. Bresci había exigido sus cien dólares. Sus compañeros rogaron, le imploraron que les diera un respiro. El periódico caería si le devolvían su préstamo. Pero Bresci insistió en su regreso.

Qué cruel y estúpido es la ignorancia. Bresci consiguió el dinero, pero perdió la buena voluntad, la confianza de sus camaradas. No tendrían nada que ver con alguien cuya codicia fuera mayor que sus ideales.

El 29 de julio de 1900, el rey Umberto recibió un disparo en Monzo. El joven tejedor italiano de Paterson, Gaetano Bresci, había tomado la vida del buen rey.

Paterson fue puesto bajo vigilancia policial, todo el mundo conocido como un anarquista acosado y perseguido, y el acto de Bresci atribuido a las enseñanzas del anarquismo. Como si las enseñanzas del anarquismo en su forma más extrema pudieran igualar la fuerza de las mujeres muertas y los infantes, que habían peregrinado al rey por ayuda. Como si cualquier pala-

bra hablada, siempre tan elocuente, pudiera arder en un alma humana con un calor tan blanco como la sangre que cae gota a gota de esas formas moribundas. El hombre ordinario rara vez se mueve, ya sea por palabra o por hecho; Y aquellos cuyo parentesco social es la fuerza viva más grande no necesita apelación para responder —al igual que el acero al imán— a los males y horrores de la sociedad.

Si una teoría social es un factor fuerte que induce a actos de violencia política, ¿cómo explicamos los recientes brotes violentos en la India, donde el anarquismo apenas ha nacido?

Más que cualquier otra vieja filosofía, las enseñanzas hindúes han exaltado la resistencia pasiva, la deriva de la vida, el Nirvana, como el ideal espiritual más elevado. Sin embargo, la agitación social en la India está creciendo diariamente, y solo recientemente ha resultado en un acto de violencia política, el asesinato de Sir Curzon Wylie por el hindú Madar Sol Dhingra.

Si tal fenómeno puede ocurrir en un país social e individualmente impregnado durante siglos con el espíritu de pasividad, ¿se puede cuestionar el tremendo efecto revolucionario sobre el carácter humano ejercido por las grandes injusticias sociales? ¿Puede uno dudar de la lógica, la justicia de estas palabras?:

La represión, la tiranía y el castigo indiscriminado de hombres inocentes han sido las consignas del gobierno de la dominación alienígena en la India desde que comenzamos el boicot comercial de los bienes ingleses. Las cualidades de tigre de los británicos están muy presentes ahora en la India. ¡Ellos piensan que por la fuerza de la espada se mantendrá abajo India! Es esta arrogancia lo que ha provocado la bomba, y cuanto más tiranizan sobre un pueblo indefenso y desarmado, más el terrorismo crecerá. Podemos despreciar el terrorismo como extravagante y ajeno a nuestra cultura, pero es inevitable mientras esta tiranía continúe, porque no son los terroristas los que deben ser culpados, sino los tiranos que son responsables de ello. Es el único recurso para una gente desamparada y desarmada cuando llega al borde de la desesperación. Nunca es criminal por su parte. El crimen es del tirano¹¹.

Incluso los científicos conservadores están empezando a darse cuenta de que la herencia no es el único factor que moldea el carácter humano. Clima,

¹¹ The free Hindustán. [N. del O.]

alimentación, ocupación; el color, la luz y el sonido deben ser considerados en el estudio de la psicología humana.

Si eso es cierto, cuánto más correcto es el argumento de que los grandes abusos sociales tendrán y deben influir en diferentes mentes y temperamentos de una manera diferente. Y cuán totalmente falaz la idea estereotipada de que las enseñanzas del anarquismo, o ciertos exponentes de estas enseñanzas, son responsables de los actos de violencia política.

El anarquismo, más que cualquier otra teoría social, valora la vida humana por encima de las cosas. Todos los anarquistas están de acuerdo con Tolstoi en esta verdad fundamental: si la producción de cualquier producto necesita el sacrificio de la vida humana, la sociedad debe prescindir de esa mercancía, pero no puede prescindir de esa vida. Que, sin embargo, de ningún modo indica que el anarquismo enseña la sumisión. ¿Cómo puede ella, cuando sabe que todo el sufrimiento, toda la miseria, todos los males, resultan del mal de la sumisión?

¿No ha dicho algún antepasado estadounidense, hace muchos años, que la resistencia a la tiranía es la obediencia a Dios? Y tampoco era un anarquista. Diría que la resistencia a la tiranía es el ideal más elevado del hombre. Mientras exista la tiranía, sea cual sea la forma, la aspiración más profunda del hombre debe resistirla tan inevitablemente como el hombre debe respirar.

En comparación con la violencia al por mayor del capital y del gobierno, los actos políticos de violencia no son sino una gota en el océano. Que tan pocos resistan es la prueba más fuerte de lo terrible que debe ser el conflicto entre sus almas y las insoportables injusticias sociales.

Altos como una cuerda de violín, lloran y lamentan por la vida, tan implacable, tan cruel, tan terriblemente inhumano. En un momento desesperado la cadena se rompe. Las orejas sin ánimo no oyen más que discordia. Pero aquellos que sienten el grito angustiado entienden su armonía; oyen en ella el cumplimiento del momento más irresistible de la naturaleza humana.

Tal es la psicología de la violencia política.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Emma Goldman
La psicología de la violencia política
1917

Recuperado el 14 de abril de 2017 desde pirateaydifunde1.wixsite.com.
Título original: *The Psychology of Political Violence*, en *Anarchism and Other Essays*, 3ª ed. Revisada, New York, Mother Earth, 1917. Traducido por
Piratea y Difunde (2017).

es.theanarchistlibrary.org